

*Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas sentados; y, haciendo un azote de cordeles, los echó a todos del templo, ovejas y bueyes; y a los cambistas les esparció las monedas y les volcó las mesas; y a los que vendían palomas les dijo: «Quitad esto de aquí: no convirtáis en un mercado la casa de mi Padre». Sus discípulos se acordaron de lo que está escrito: «El celo de tu casa me devora». Entonces intervinieron los judíos y le preguntaron: «¿Qué signos nos muestras para obrar así?». Jesús contestó: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré». Los judíos replicaron: «Cuarenta y seis años ha costado construir este templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días?». Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los muertos, los discípulos se acordaron de que lo había dicho, y creyeron a la Escritura y a la palabra que había dicho Jesús.*

Jesús se enoja y, de una manera impactante, tira las mesas y echa a los vendedores. Este acto simboliza la purificación del Templo, recordándonos la importancia de mantener la casa de Dios, tanto física como espiritualmente, libre de impurezas.

Nos habla sobre la pureza en nuestras vidas y en nuestra relación con Dios. ¿Cómo mantengo mi propio templo interior? ¿Estoy permitiendo que se llene de distracciones y de preocupaciones mundanas?

Jesús nos enseña que debemos buscar la pureza en nuestras intenciones y acciones, para que nuestro corazón sea un lugar digno de la presencia divina.

Además, al referirse a la destrucción y reconstrucción del Templo en tres días, Jesús predice su propia muerte y resurrección. Aquí, vemos la conexión entre la purificación del Templo y el sacrificio redentor de Jesús. Su muerte y resurrección son la verdadera purificación que nos libera del pecado y restaura nuestra comunión con Dios.

Por el Bautismo, tanto en nuestro cuerpo como en el corazón, somos Templos del Espíritu Santo, edificios sagrados de la presencia de Dios.

Pidamos al Espíritu Santo, por intercesión de María, que busquemos la pureza en nuestras vidas, la pureza de nuestros templos internos, y reconozcamos la obra redentora de Jesús que nos libera y nos permite experimentar la presencia divina en nuestras vidas.